

ALBERTO MASFERRER

PROSAS
ESCOGIDAS

SELECCION DE LUIS APARICIO



MINISTERIO DE EDUCACION
DIRECCION DE PUBLICACIONES
San Salvador, El Salvador, Centro América

*Hecho el depósito
que marca la ley.*

*Primera edición
Dirección General de Cultura
del Ministerio de Educación
San Salvador, 1968.*

*Segunda edición
Dirección de Publicaciones
del Ministerio de Educación
San Salvador, 1976.*

Portada de
ANTONIO FLORES HERNANDEZ

Dibujo de
CAMILO MINERO

Impreso en los Talleres de la
DIRECCION DE PUBLICACIONES
MINISTERIO DE EDUCACION
San Salvador, El Salvador, C. A.
1 9 7 6

NOTA EDITORIAL

Un solo propósito se tuvo cuando se preparo este volumen de PROSAS ESCOGIDAS: todo él debe ser un mensaje para elevar el espíritu y para limpiar el alma.

Maestro como fue Alberto Masferrer¹ en el dominio de la prosa, ofrecía poca dificultad hacer la selección desde el punto de vista literario. Bien es sabido que él pulió siempre cada palabra hasta hacerla brillar en esa constelación de belleza y sencillez que fue cada una de sus páginas.

PROSAS ESCOGIDAS vienen a ser algõ así como amables nudillos que llaman con sutileza. No son aldabonazos para despertar conciencias vecinas a la nuestra. Son llamados íntimos, personales. Voces dichas a nuestro oído. Gotas de rocío para refrescar arideces.

Estas prosas fueron escritas por Masferrer para leerse en voz baja, en tono de oración o de plegaria. Para refugiarse en un remanso de tranquilidad y de paz cuando el mundo a nuestro contorno se agita en una atmósfera de dudas y angustias.

¹ Alberto Masferrer nació en Tecapa (hoy Alegría), departamento de Usulután, el 24 de julio de 1868, y murió en San Salvador el 4 de septiembre de 1932.

ALEGRIA

NUESTRO más elevado y constante deber, es la alegría.

Si esta rosa embalsama el aire, es porque ella, de sí, es fragante.

Si encanta con la pureza de su color y la tersura de sus pétalos, es porque ella, de sí, es tersa y divinamente coloreada.

La suavidad, la fragancia y la luz, son en ellas constantes y rebosantes gracias, y espontáneamente se derraman y esparcen para dicha nuestra.

Pues tú, si no eres dichoso, ¿cómo harás a nadie dichoso?
¿A quién harás feliz, si no tienes felicidad en ti?

Y si no haces feliz a nadie, ¿para qué sirves en la vida?

Una florecita, una hierba, un pájaro, hasta una nubecita que se forma y deshace, nos regocijan y fortalecen con su hermosura y con su gracia.

¿Sólo tú has de ser tenebroso, fúnebre y sembrador de hastío y desesperanza?

Vive, pues, alegre. A toda costa, aunque te halles muy herido, conserva un rinconcito luminoso en tu espíritu, para que de allí emanen luz y serena ventura.

(De "Caminos de la paz").

MISION Y DEBER

PUESTO que hay *una excelencia* en cada hombre, puede ser ella indicio de una *misión* para cada uno.

Todo aquel que llegue, humilde y sincero a descubrir su nativa excelencia, debe aceptarla y consagrarse a ella. Y esto sería su *verdadero y predominante deber*.

En verdad, ¿cómo puedo yo *deber lo que no he recibido*? ¿Y dónde habrá un deber mayor que *retornar* en justa forma y con toda lealtad, aquello que se me ha otorgado? “Dad graciosamente, dice el Evangelio, lo que graciosamente recibisteis”.

Así, el reconocimiento de nuestra misión, *exclusivamente la nuestra*, de reflejo traería el bienestar y la dicha de la Comunidad; y desde luego, la paz de cada hombre que orientara su vida siguiendo aquel Deber.

Entonces, el vivir se tornaría religión, no sólo en pensamiento y en anhelo, sino en *totalidad*. Porque, ¿dónde hallaréis mejor religión para el *verdadero* ruiseñor, que cantar? ¿Y para la rosa, que esplendor? ¿Y para el maestro, que enseñar?

¿Y para el labrador, que sembrar? ¿Y aun para la espina, que punzar? . . .

Dice Pitágoras: “Que nadie, ni por sus palabras, ni por sus hechos, te lleve jamás a decir o hacer lo que no es útil para ti”. Util, significa en este caso, *acorde esencialmente* con tu propia y *más elevada* naturaleza.

Es decir, que cada hombre ha de tener *su órbita*; y no permitir que nada le desvíe de aquélla.

En ese camino, circular, constante, siempre el mismo, recorrido rítmicamente, hallará el hombre la salud, la bondad, la esperanza. Sin esa órbita, la vida es un caos, y el hombre, un juguete de las circunstancias, de los caprichos ajenos, de los intereses extraños, del tiempo y del Destino.

Concentrada la mente en seguir su propio derrotero, no tendrá ojos para ver, o verá escasamente los errores y los vicios ajenos. Y entonces, nos será fácil amar a los demás, y no desesperar de la vida.

(De “Caminos de la paz”).

CONOCETE A TI MISMO

LA extensión de este mandamiento es doble. Primero, exige el conocimiento del hombre en general; como si dijéramos de la psicología humana, la cual se bifurca en las de la raza, sexo, nacionalidad y época.

Segundo, exige el estudio de sí mismo; el auto-análisis de cada uno, con sus idiosincrasias, pasiones, tendencias, taras y enfermedades, vocación, virtudes, defectos y potencias.

Lo primero, se necesita para comprender la historia, la política y el arte de gobernar; lo mismo que el sentido íntimo y el contenido social del Arte y de las Letras en cada lugar y tiempo.

Lo segundo, de mayor trascendencia, nos enseña, el gobierno de nosotros mismos y el camino de nuestra salvación, que no es otro que el de la humildad.

El hombre que llegue a conocerse, por fuerza será humilde; y siéndolo, podrá entrar en el sendero de la caridad, sin la cual, enseña San Pablo, ninguna cosa tiene precio, ni aun la limosna.

Como la caridad es el anhelo de vivir en los demás, o sea

el amor a Dios realizado mediante el amor a sus criaturas, se comprende que sólo el humilde sea capaz de tan fervoroso deseo; pues el soberbio, sintiéndose por encima de todos, superior a todos y diverso de ellos, no puede amarles, ni verles con ternura y respeto; antes bien, como instrumentos y satélites de su propia gloria.

Mas el hombre que se conoce, perderá la soberbia. Se tornará más y más humilde cuanto más se conozca, hasta llegar a comprender y a sentir que toda excelencia, hasta las más suyas y propias, no están en él sino de reflejo, pues su verdadera, real y perdurable residencia no es el yo, la individualidad, sino el Todo, la *Universalidad*, que es la manifestación de Dios.

De este conocimiento, que es *caridad*, se origina la *santidad* o perfección, que nos lleva a ser salvos.

Bien dijo quien dijo que el conocimiento de sí mismo es el principio de toda sabiduría. Mejor dijera si dijera que es también su camino y su coronamiento.

(De "Caminos de la paz").

MAS ALLA . . .

SOY peregrino aquí, me dicen.

Naceré y renaceré. Viviré siempre, y mi espíritu recorrerá los astros volando con toda clase de alas, desde las miserables y oscuras del miasma, hasta las relucientes e inmensas del arcángel . . .

En verdad, yo no me sentí nunca hecho para la muerte. Siento la vida como si yo la hubiera creado . . . y mientras exista una nube, una playa de arena, un grano de polvo en los caminos, una hoja en un arbusto y una vibración en una estrella, yo encontraré formas para mi vida, y seré, y viviré y amaré. No recuerdo si antes existí; pero siento que existo para siempre . . . y quizás llegue un día en que se engargen en una sola hebra mi mañana y mi ayer . . .

Mas ahora, *vivo* aquí, en la Tierra. Aquí soy ahora el huésped, y todo mi corazón y pensamiento son para las criaturas de aquí.

Son estos gusanos, estas mariposas, estos árboles y estos pájaros, estas piedras mudas y estos ojos llenos de lágrimas . . .

todas estas criaturas que suspiran y sueñan y cantan, las que atraen mi conciencia y mi amor. Todo para ellas; nada para las que hallaré en mis vidas venideras. Todo para el dolor de aquí, y la opresión de aquí y la cárcel de aquí. Y que se abren de mi sangre, si de su jugo pueden extraer un efluvio fragante o un fulgor de claridad.

Mañana, cuando *ya no esté aquí*, entonces compartiré mi vida con esas criaturas que no adivino aún. Hoy *no*: hoy, son sueños, fantasmas, visiones, quimeras. Mientras que estos míseros hijos de la Tierra, son palpitantes realidades. Son el objeto y la causa de *mi verdad*, y yo no quiero separarme un instante de mi verdad. . . .

Aquí estoy. Aquí lucharé. . . y con mis pies sangrantes sobre los guijarros del camino, extraeré de la Vida toda la miel y toda la hiel que ofrezca su copa misteriosa. . . .

En La Ceiba, febrero de 1932.

(De "Caminos de la paz").

DAR

DAR es una palabra divina, una de las que encierran totalmente el misterio de la creación y de sus leyes. De Dios es propio el *ser*; de las cosas vivas y activas, el *ir*; de las cosas rebosantes en fuerza y en amor, el *dar*. *Ser*, *dar* e *ir* son la esencia, la expansión y el movimiento; la brevedad de su contextura material parece como que hiciera de esas palabras tres relámpagos, tres centellas en las cuales se encierra la máxima energía, como si las tres fases sagradas de la Trinidad pasaran delante de nuestros ojos aterrándonos y deslumbrándonos. Dios es; Dios está en todas partes, que vale como decir que se mueve perennemente e infinitamente en la totalidad del espacio y del tiempo; Dios, da, se da, siempre, sin tasa ni medida, sin limitación posible, puesto que su naturaleza es infundirse en todo.

Las criaturas se elevan o decrecen, según sus acciones y sus pensamientos conjugan esos tres verbos sustantivos, que son, por excelencia, la *palabra*. *Ser*, *dar*, *ir*, marcan el amplio ritmo que determinan las oscilaciones de su vida, y aquellos que *dan* y que *son*; es decir, aquellos que encierran en sí la fuerza, y la

llevan y la distribuyen, alcanzan el más alto grado de la existencia heroica y noble y bella.

Es una singularidad de esos tres verbos que, siendo los tres de determinación diferente, se confundan, se unifiquen en la forma presente, en el momento de la creación: *yo soy, yo doy, yo voy*. Diríase que un astro inmenso emitiera a un tiempo tres destellos, o como si un pájaro del tamaño del Universo, cxhalara a un tiempo tres gorjeos en los cuales se encerrara toda la música de la vida.

Tener, retener, contener, son cosas vulgares, al alcance de cualquiera en quien el espíritu de la acumulación prive y triunfe. Tener, es la riqueza ordinaria, fea, mísera, aquella de que se dijo, simbolizándola en un hombre, que “donde está su tesoro, ahí está su corazón”. Se puede uno enriquecer, llenarse de bienes, hipertrofiarse de dinero, y ser cada vez más mezquino, más triste, oscuro, dañino y antipático. Se puede llegar a millonario como se llega a charca; y multimillonario, como se llega a pantano. Y entonces, los vapores de la riqueza, igual que los vapores de la marisma, incuban, desarrollan y extienden la fiebre.

Pero también, se puede llegar a la riqueza como se llega

a una cima, a una cumbre, y entonces la riqueza se vuelve una antorcha, una luminaria, y sus resplandores son vida y alegría.

Eso es lo que se llama ennoblecerse por el trabajo; extraer de éste la riqueza, y convertir ésta en alegría y fuerza para todos.

La nobleza es aquel de los valores humanos que ninguna revolución ni trastorno ni cambio de ideas ni de formas sociales pudieron jamás abolir. Hágase lo que se quiera, los hombres continúan dividiéndose en nobles y plebeyos; únicamente que la escala para llegar a ser noble va cambiando con los tiempos: se llegaba antes por el sacerdocio, por la sangre, por la ciencia, por la espada, por el arte; hoy se llega por el trabajo y por la bondad. Aquel que más trabaja y más ampliamente comparte con los demás los frutos de su trabajo, ese es el más noble; porque se hizo capaz de *ser*, y luego de *dar*.

Laudemos a quienes adquirieron en grande para dar en grande; regocijémonos con proclamar la nobleza del que sabe dar; del que atiende ya, en vida, a la necesidad que clama satisfacción; del que no espera a morir para agradecer a quienes carecen; al que abre los ojos de su cuerpo, y ve, y abre luego los de su corazón, y remedia. Proclamamos que esa es nuestra

vida moderna, la sola manera legítima de ennoblecerse: dar, darse.

Seamos nobles, hombres: demos nuestro tiempo, nuestra energía, nuestras ideas, nuestro dinero, y salgamos de la condición de ostras adheridas a la peña, o de la más triste aún, de pulpo, en acecho de vidas que absorber.

(De "Caminos de la paz").

EL ELOGIO DEL SILENCIO

SILENCIO es recordar que toda palabra tiene un hoy y un mañana; es decir, un valor de momento y un alcance futuro incalculable.

Silencio es recordar que el valor de la palabra que pronuncio no tanto viene de su propia significación ni de la intención que yo le imprimo, cuanto de la manera con que la comprende quien la oye.

Silencio es reconocer que los conflictos se resuelven mejor callando que hablando, y que el tiempo influye más en ellos que las palabras.

Silencio es reprimir la injuria que iba a escapársenos, y olvidar la que nos infirieron.

Silencio es recordar que sería libre hoy si no hubiese dicho la palabra de ayer, y que la palabra de hoy será mi cadena de mañana.

Silencio es recordar que si hubiese diferido una hora sola mi juicio sobre tal persona o suceso, en esa hora pudo llegar un dato nuevo, que hiciera variar aquel juicio temerario y cruel.

Silencio es recordar que el simple hecho de repetir lo que otros dicen, es formar la avalancha que luego arrastra la reputación y la tranquilidad de los demás.

Silencio es no quejarse, para no aumentar las penas de los otros.

Silencio es decir *hice*, en vez de *haré*.

Silencio es recordar que la palabra al pronunciarla, se lleva una parte de la energía necesaria para realizar la idea que aquélla encarna.

Silencio es no exponer la idea o el plan a medio concebir, ni leer la obra en borrador, ni dar como criatura viviente lo que apenas es un anhelo.

Silencio es la semilla, y por eso germina.

Silencio es la raíz, y por eso sostiene.

Silencio es la savia, y por eso alimenta.

Silencio es recordar que si para nuestras cuitas y esperanzas es nuestro corazón un relicario, el corazón ajeno puede ser una plaza de feria y hasta un muladar.

Silencio es el capullo donde la oruga se cambia en mariposa, y silencio es la nube donde se forma el rayo.

Silencio es concentrarse, seguir la propia órbita, hacer la propia obra, cumplir el propio designio.

Silencio es meditar, medir, pesar, aquilatar y acrisolar.

Silencio es la palabra justa, la intención recta, la promesa clara, el entusiasmo refrenado, la devoción que sabe a donde va.

Silencio es *ser uno mismo*, y no tambor que resuena bajo los dedos de la muchedumbre.

Silencio es tener un corazón de uno, un cerebro de uno, y no cambiar de sentimientos o de opinión porque así lo quieran los demás.

Silencio es hablar con Dios antes que con los hombres, para no arrepentirse después de haber hablado.

Silencio es hablar uno calladamente con su propio dolor, y contenerlo hasta que se convierta en sonrisa, en plegaria o en canto.

Silencio es, en fin, el reposo del sueño y el reposo de la muerte, donde todo se purifica y se restaura, donde todo se iguala y se perdona.

(De "Caminos de la paz").

PLEGARIA

SEÑOR, yo nada pido.

En este inmenso universo tuyo, donde toda riqueza es infinita, yo nada tengo y nada ansío.

Ni poder, ni riqueza, ni gloria, ni anhelo de saber me desvela. Yo me contento con ver y con oír. Si mis ojos se embeben contemplando las nubes y mis oídos se extasían oyendo los rumores de la tarde, con eso a nadie ofendo; a nadie le impido extasiarse como yo, y adorar como yo adoro.

Ni por mi salud te imploro ya. No he olvidado qué deleite es ambular por las colinas, ni qué gloria es ascender por las montañas; no he olvidado la delicia de internarme en la selva, a escuchar el crujido de las ramas que se rompen y el rumor de los animales que rastrean en la maleza; no he olvidado el encanto de llegar al remanso de un riachuelo ignorado, y sentarse a la orilla, a oír como se lamentan las guijas, cómo cuchichean las linfas y cómo suspiran las hojas al caer sobre las aguas apacibles. . .

No, nada olvidaré, y si no te importuno, rogándote que me

devuelvas la fuerza y el ritmo de mis movimientos, es porque ya aprendí a beber el cáliz, y sé que sonreír, mientras las espigas nos taladran las sienas, es una suerte de profunda oración.

Y así, nada te pido; mirando las nubes que divagan, me contento de mi quietismo; y escuchando el ímpetu del trueno, me consuelo de mi debilidad.

Señor, yo nada pido. De tus tesoros infinitos, yo no anhele sino mi sorbo de agua y el hálito imperceptible que basta a mi respiración. Si pudiera, comería el grano desnudo que me ofrece la espiga, la fruta que la rama no quiere sostener, y las hojas adultas que la mata de hierba no puede por más tiempo alimentar. Y sería feliz, bebiendo el agua en el cuenco de mi mano, durmiendo sobre el césped, bajo el claror de las estrellas, y esperando a que el cuervo me llevara, una vez cada día, el sobrante de su parvo sustento.

Señor, tú sabes que es así, y aún, si tú quisieras, yo sería un pino rumoroso que viviera de savia, de sol y de rocío; o una calandria diminuta, feliz con su cantarcito y sus alitas, y hasta un simple y mudo guijarro que se abandona, humilde, al capricho de las aguas inquietas.

Señor, yo nada te pido, sino que me des luz, que apacigües

mi alma; que el sorbo de agua límpida que me dejaste como única merced, no se haga impuro al roce de mis labios. Aspire yo tu luz con ojos luminosos, y el agua transparente que conforta mi sed se haga más diáfana al refrescar mi lengua.

Señor, yo nada pido; no más hágase en mí tu claridad, y sienta yo la suprema ventura de no cambiar en cieno el agua diamantina que destilaron las nubes invioladas.

¡Señor, yo nada pido! . . . Nada, sino la gracia de que los lirios que me diste, al salir de mis manos, se hayan tornado estrellas . . .

(De "Caminos de la paz").

HAZTE UN CRISTAL

A ti, que naciste para ser una voz.

TU misión es hacerte un cristal.

No un Sol —porque los soles vienen de muy alto—, sino un cristal que concentre los rayos del sol; les abra camino a través de su transparencia, y ya juntos en haz resplandeciente, lleve su luz aun a los ojos más nublados; aun a las mentes más oscuras; aun a los corazones más dolientes.

Otros, pensaron; otros, descubrieron; otros, penetraron en el corazón del Arcano. Tú, gozoso y humilde, hallarás tu gloria *en decir*.

Tú no eres la luz; tampoco la luciérnaga es la luz, pero en su cabecita lleva una antorcha. Que tu palabra sea la llama que enciende la antorcha.

Conténtate y gloríate de ser un cristal. Un cristal que a la vez ha de ser un prisma de tres faces, una lente de gran concentración, y una simple lámina, diáfana como el agua en que se desvanece el ventisquero. Prisma de tres faces: para Bondad, para Verdad, para Belleza. Lente que recoja y concentre para dar tono, penetración y fuerza a los mil imperceptibles

gemidos de las criaturas tristes, que padecen porque no tienen voz. Lámina igual y diáfana, para no deformar las palabras hondas que ya fueron escritas, y que vienen a ti para que las hagas entender a los sencillos y a los ignorantes.

Hazte un cristal: sé medianero de luz; sirve de puente a la Aurora, que ansía descender hasta el alma tenebrosa del hombre, y al enfermo corazón del hombre, que anhela subir a purificarse y a diafanizarse en la Aurora.

Tu misión es hacerte un cristal. Mas al cristal sólo se llega por la senda de la Humildad, de la Pureza, de la Sencillez, de la Alegría y del Silencio. De la *perfecta* humildad; de la *perfecta* pureza; del *perfecto* silencio; de la *perfecta* sencillez; de la *perfecta* alegría.

¿Puedes tú devenir un cristal? . . .

Perfecta es la pureza de aquel que destierra de sí, todo anhelo que no sea el anhelo de recibir y esparcir la luz.

Perfecta sencillez es la de aquel que se mantiene simple, sin engastes ni adornos, confiado en la sola belleza de la diafanidad, en la virtud suprema de ser verdadero y transparente.

Perfecta es la alegría de aquel que no se deja empañar por nieblas ni tinieblas; que sabe irisar sus propias lágrimas; que

olvida su propio dolor, porque sabe que la luz es serenidad y alborozo, y el dolor ajeno transforma en oración —en demanda de luz—, porque sabe que toda oscuridad y toda pena se curan con la luz.

Tu misión es hacerte un cristal . . .

¿Quieres tú devenir un cristal? . . .

(De “Las Siete Cuerdas de la Lira”).

LA PRIMERA PIEDRA

EL pecado del hombre es siempre colectivo. Sea quienquiera el pecador y su pecado, con él pecamos todos; pues ni se formó, ni vive solo.

A través de la sangre heredó locura, o debilidad, o enfermedad, o impureza, que le habían de conducir al pecado. El hambre, la injusticia, la miseria, el desamparo, la ignorancia, el ejemplo, el menosprecio, le indujeron a pecar. El orgullo y la impunidad de otros, le alentaron en el camino del pecado. Los libros, los cuadros, el escándalo, la conversación, el ocio, la incomprensión, le incitaron a delinquir. Todos los hombres y todos los errores de los hombres, fueron raíces y estímulos de su pecado.

Así, ¡oh tú que sentencias, no extremes la severidad en la pena, ni cargues sobre los hombros de un triste pecador la cruz que deberíamos llevar entre todos!

Esto enseñó Jesús cuando falló en el juicio contra la Adúltera: *“que el que esté sin pecado* (es decir; aquel que no tenga

ninguna participación en su pecado), *le arroje la primera piedra*".

Fácil es sentenciar a muerte o a prisión perpetua a un criminal. ¿Pero es justo?

(De "El rosal deshojado").

HAZME SUAVE EL INSTANTE

HAZME suave el instante. Mañana, esta noche tal vez, he de partir.

Y será para ya no volver . . . Para ya no volver jamás . . . jamás . . .

Pasarán milenios y edades y eternidades, y yo no volveré.

Rodaremos de mundo en mundo por toda la inmensidad de los cielos, y no volveremos a encontrarnos. Y aun si nos encontráramos aquí mismo, una y otra vez, no sabrás quién yo soy, ni yo te reconoceré.

Porque sólo se encuentran los que se compenetran: los que vencieron la barrera de la separación; los que se adivinaron, y sacrificaron, *uno en aras del otro*, los mil egoísmos del ser.

Por eso, hazme suave el instante: porque una vez yo muera, una vez la primera palada de tierra caiga sobre mi féretro. ya nada servirá que me llores y que te lamente de no haberme endulzado el amargo vivir.

Ahora, ahora que vivo o padezco, todo es hiel o miel para mi alma. Una sonrisa, una palabra, una mirada, un simple

gesto cordial, es medicina y alivio para mi atribulado corazón. Después, ya perdido en las tinieblas del sepulcro, nada me servirá.

Ahora me puedes dar amor. Después, sólo palabras vanas y lágrimas tardías.

Por eso, hazme suave el instante; hazme suave el instante, si es que sientes deseos de endulzarme el amargo vivir.

Después, ¿qué? . . . ¿Qué haré yo con tus negros vestidos y tu semblante contristado? ¿De qué me servirá que suspires, y descubras en mí cien virtudes y gracias que antes no conociste? ¿De qué me servirá que enaltezcas mi nombre y te abismes en la contemplación de mi ser?

¿Fui bueno, malo, cariñoso, áspero, cordial o incomprensivo? Fui . . . ya no soy . . . Ahora soy, no más, una sombra, un nombre, nada. Ahora, que me recuerdes o me olvides, es igual, y todos tus lamentos los cambiaría yo por una sola suavidad que me hicieras cuando yo aún existía.

Por eso, hazme suave el instante, este instante que es la realidad, la sola y accesible realidad.

Si nos separamos sin fundirnos, ya nunca más nos hallaremos. Porque tendremos que aprender una lección distinta de

la vida. El Destino arrastrará a cada uno a expiar y aprender la lección que no logró aprender y la culpa que no alcanzara a expiar. Un huracán dispersará nuestras almas, y un foso inmenso dividirá nuestras vidas.

Acaso andaremos el uno junto al otro, sin sospechar que un tiempo nos amamos, o creímos amarnos. Y por no haber sabido amarnos, porque todo no era sino egoísmo y vanidad andaremos extraños el uno junto al otro. Y ya nunca sabremos quién es ni adónde fue aquel a quien no supimos amar!

Por eso, hazme suave el instante, este instante, este único instante en que tu corazón puede aislarme de la eternidad.

Sí, hazme suave el instante . . .

(De "El rosal deshojado").

DORMIR

DORMIR bien, dice Nietzsche, es la señal de que se poseen las más altas virtudes.

En verdad, el humilde, el que no guarda su enojo para continuarlo mañana; el que siente que Dios es Padre y que “hasta nuestros cabellos están contados”, el que no ambiciona dominar; el que no desea que las gentes le admiren ni le envidien; el que sabe que el mundo reposa en la diestra de *Uno* que sabe por dónde le lleva; el que no se afana por adquirir vana conciencia ni ociosa nombradía; el que *sabe* que todos somos imperfectos y flacos; duerme bien. Esos, al final del día, hecha su oración al Señor; con o sin palabras, se van a dormir, y duermen con todo el anhelo del cuerpo fatigado, como una piedra que rodó monte abajo, y llegada a la falda, se queda inmóvil para cientos de años . . .

(De “El rosal deshojado”).

CANCION

EL hombre puede crear, lo mismo que un Dios. Todo consiste en descubrir el procedimiento, en comprenderlo claramente, y en aplicarlo con intenso querer.

La primera fase de la creación, es el deseo ferviente de ver realizada la cosa que se anhela.

La segunda, es idear con precisión, claridad y sencillez la cosa anhelada, de tal manera que sea visible a la fantasía.

La tercera es vivificarla con la voluntad, *afirmar* su existencia, querer con insistencia y fuerza que se materialice. Entonces la cosa irá manifestándose por sí misma, *por la eficacia de su propia virtud*.

Toda idea que se abandona sin haber insistido y persistido en ella, debilita a quien la concibió. No debe abandonarse sin que, por lo menos, quede hecha una *semilla*, a la cual sólo le faltarán mejores circunstancias para germinar.

Cuanto menos interés egoísta haya en una idea, más fuerza contará para su realización.

Todas las cosas, para incubar, nacer y crecer, necesitan tiempo. Más las que son más grandes y trascendentes.

Recordad, en los momentos de laxitud y desánimo, que la vida, en *sí misma*, por sí misma, es una criatura viva, que actúa y lucha, aunque se desaliente y deserte aquel que la engendró. Lo que merezca triunfar, triunfará.

(De "El rosal deshojado").

PURIFICACION DE LA MENTE

(FRAGMENTO)

LA mente es un diáfano cristal que de todo se empaña, y ya empañada, no ve, o deforma lo que ve. Así, para llegar a la certeza, he menester diafanizar mi cristal. La tristeza lo empaña; el odio lo oscurece; el interés, la pasión, el dolor, el cansancio, la embriaguez, lo nublan; el bullicio, el afán, la inquietud, el temor, la preocupación, todo aquello que nos encadena al yo, que nos circunscribe y nos limita, empaña el cristal de la mente, y nubla nuestra visión de lo real. *Serenidad* es la clave del *conocimiento*; serenidad, apacible alegría, en que el ánimo se trasfunde en el alma de todas las cosas, y no aspira sino a ver la luz. . . Cuando la mente alcanza esta plenitud, entonces el velo se descorre, la luz inunda el templo, y la Verdad desnuda, se ofrece a nuestros ojos, blanca y tersa como rosa de nieve que se abrió a las caricias del Sol.

(De "El rosal deshojado").

HARAS A TU HIJO¹

TIENES que hacer, hombre, una obra trascendental: la más seria, difícil e importante, fecunda en bienes o en males, digna de todo encomio o de vituperio indecible, según la trabajes con yerro o con acierto. Bajo el sol, no hallarás para emplear tus fuerzas otra empresa de mayor responsabilidad, ni encontrarás que a nadie se le haya confiado una obra más significativa.

Tienes que hacer a *tu hijo*. ¿Cómo lo harás? Esta es la cuestión suprema para ti y para los que te rodeamos.

Tu hijo, precisamente tu hijo, puede ser para nosotros instrumento de condenación o de vida.

No pasarán treinta años y ya tendremos en él un redentor, un guía, un hombre bueno, útil, inofensivo al menos, o un tirano, un azote, un verdugo, un explotador, un egoísta. No hay medio: será para nosotros un bien o un mal, una carga o un beneficio.

(1) Se asigna este título a un fragmento de la obra "¿Qué debemos saber?", Cuadernos Masferrerianos, N.º 2, Dirección de Publicaciones, San Salvador, El Salvador, 1968, pág. 65 (N. del E.).

Y de eso, tuya será la gloria o la vergüenza.

Nos interesa extremadamente que hagas bien a tu hijo: haz medianamente, si no puedes mejor, tu libro, tu estatua, tu cuadro, tu gobierno, tu hacienda. Sé mediano, si no puedes ser eminente, y sé vulgar si no puedes ser mediano. Te perdonaremos tu medianía y tu vulgaridad, puesto que, al cabo, no podrás hacernos mucho daño; pasarás con nosotros; más o menos, te desvanecerás en la muerte al mismo tiempo que nosotros.

Pero tu hijo vivirá junto con nuestros hijos, y a éstos no queremos tolerar que se les dañe: son lo más querido de nosotros, las flores de nuestra vida, y no debemos consentir que por negligencia o estupidez quede con ellos un elemento de ruina o de dolor.

Forja bien a tu hijo; pon todas tus fuerzas; junta cuantos rayos de luz vagan dispersos en tu alma y empléalos en esa obra de vida o de muerte.

Si quieres, no tengas ninguna otra cosa, si no puedes, vive oscuro, tranquilo, retirado, y exento de toda lucha. Te exoneramos de todo trabajo social o político, y te concedemos la paz y la libertad a cambio de que nos dejes *un hombre*.

EL HIJO ESTA AQUI¹

MAS el hijo está aquí, con nosotros, para consolarnos, redimirnos y sublimarnos.

Está en el aliento dormido, en la garganta del jilguero, en la plegaria del pinar, en las confidencias de la palmera y en el susurro de las hojas errantes.

Está en mi pulso que late fielmente sus setenta vibraciones por minuto; en mi sangre, que corre sin descanso en su viaje en torno al corazón; en mi tímpano, que vibra con el aire que le traen las voces de la vida; en todos mis órganos, que trabajan humilde y calladamente, haciendo su deber.

Está en el grano de maíz, que aprisiona la vibración solar y la trasmite a mi sangre, ya infusa en su harina bendita; en la raja de leña, que vibrando en la llama purifica los alimentos y los hace asimilables; en el cuello poderoso del buey, que ara la tierra para depositarle semillas que son vibraciones concen-

(1) Se asigna este título a un fragmento del capítulo "El Espíritu" del libro "Las Siete Cuerdas de la Lira", Dirección General de Publicaciones, San Salvador, El Salvador, 1963, pág. 204. (N. del E.).

tradas; en el café, que excita a mi cerebro, y me revela las escondidas armonías de la palabra ya ritmada; en la mano que pulsa la cuerda del violín, y en el arquillo que la roza, arrancándole secretos y querellas; en la piedra y la arena, en el viento y en la onda, en la escama y la pluma, en las mil formas que el espíritu crea y modela y sinfoniza, para cantar el canto de la vida.

¡Vibración, ritmo, canto! He ahí la tarea y la aspiración de todo lo que alienta.

¡Ritmo y Canto! He ahí la Belleza, la Purificación y la Verdad.

¡Canto! He ahí la voluntad del Padre y lo que pide a todas sus criaturas. . .

¡Canto!

Cantemos, ¡oh hermanos! . . . Hagamos de nuestra vida un cántico, y entonces, cada uno de nosotros será el Hijo, y veremos al Padre, y oiremos su inefable canción. . .

DEUDA¹

PODEMOS, sin merecimiento ninguno, tomar o arrebatarse el don que anhelamos; podemos defraudar, robar, saquear y malversar los bienes que el Universo tiene derramados por todas partes: no solamente puedo arrebatarse el trabajo de mi prójimo y manchar su fama; fatigar a mi criado, a mi buey, a mi propio cuerpo, con una tarea excesiva; usurpar el cargo o la reputación que no merezco; quitarle a los demás la libertad, el pan, el descanso, el sosiego y la paz; no sólo eso, sino que hasta puedo asesinar a mi prójimo, matar a los pájaros para distraerme, provocar una guerra para conquistar la gloria o dominio, e inundar de llanto y sangre cuanto alcance mi diabólica influencia. Sin duda puedo hacerlo, y lo haré cuando quiera. Solamente *que lo habré de pagar*.

(1) Se asigna este título a un párrafo del capítulo "El Viaje del Espíritu", de "Las Siete Cuerdas de la Lira", Dirección General de Publicaciones, San Salvador, El Salvador, 1963. pág. 127. (N. del E.).

